

Serenata de febrero

Diana Barrales Hernández
Lingüística y literatura hispánica
diana.barraleshe@alumno.buap.mx

Agaché la mirada al suelo lleno de tierra. Era la única calle que no estaba pavimentada en la cuadra. Pasaron unas lindas chicas enfrente nuestro, nos saludaron con risitas nerviosas, nosotros correspondimos con cierto coqueteo.

—¿Las conoces? —le pregunté a Antonio, mi amigo.

—Creo que van al bachiller, no sé David —respondió mientras acariciaba su guitarra de cuerdas.

Antonio y yo estábamos sentados en la banqueta de la calle, en algún lugar de la ciudad de Puebla en México. Ya estaba oscureciendo, se hacía de noche. Ambos vestíamos nuestro traje de mariachi. Estábamos esperando a nuestros compañeros para irnos juntos al mercado de comida en el Barrio del Alto. Era el mejor lugar para irnos con nuestros compañeros de música y que nos contraten para llevar serenata.

—Güey, que lleva andar esperando. Ya vámonos, al final vamos al mismo lugar —dijo Antonio cansado de esperar.

Por mi parte podía seguir esperando todo el tiempo que fuera con tal de estar a su lado. ¿Eso sonó raro? Tal vez. Solo de pensar en lo que dije mis mejillas se pintaron de rojo. Aparté la mirada para que no me viera, él ni siquiera lo notó.

—No han de tardar, ya güey, mejor hagamos algo más —dije tratando de ignorar lo rápido que iba mi corazón.

Por alguna razón, sin darme cuenta, cada vez que estaba cerca de él sentía esto. Yo no soy gay, al menos eso pensé antes de

conocerlo. He tenido muchas novias, ninguna tan importante como para llorarle y dedicarle una canción pedo, pero eso bastaba para saber que a mí no me gustaban los hombres. ¿Qué harían mis padres si se enteran de esto? Mi papá siempre decía que si un hijo suyo le salía «maricón» le iba a quemar en leña. Yo no soy así.

—Mejor acércate, me quiero acostar —dijo Antonio tumbándose en mis piernas.

Bueno... ¿No me gustan los hombres?

Empecé a acariciar su cabello, él me miró de reojo por hacerlo, pero pronto lo ignoró cerrando sus ojos y acarició su guitarra. Yo en cambio traía una vihuela mexicana, pero la mía estaba en su estuche. Miré sus facciones, tenía cejas pobladas, cabello negro, piel morena con la que distinguían a un latino, labios gruesos y atractivos. Mis mejillas comenzaron a sonrojarse de nuevo.

—Si quieres podemos irnos —le propuse sin dejar de acariciar su cabello—, ya estamos grandecitos. Es más, en seis meses tú cumplés dieciocho.

—¡Órale, va! Jalo.

Antonio se levantó y entró a la casa de Don Enrique, el líder del grupo además de su tío. Al parecer estaban discutiendo con otros miembros. Por la reacción que tenía mi amigo algo me decía que, a pesar de ser catorce de febrero, no iban a salir a las calles. Me acerqué más al patio de la casa.

—No sé, Tony, no sé. Mira... esto es grave. Vayan ustedes porque no los vamos a dejar entrar.

—Nadie le va querer pagar a dos músicos.

Además ¿qué pasa? —preguntó mi amigo con desesperación.

—Después te explico, además estamos en el mes del amor, por ahí debe de haber alguien que sí querrá dos músicos para llevar serenata. Vayan al mercado, les irá bien.

Antonio se retiró de ahí resignado. Al ver a través de la ventana pude observar cómo varios del grupo se gritaban molestos. Eran los mayores, los otros jóvenes como nosotros estaban en el patio esperando, algunos ya hasta habían vuelto a casa. No sabía qué pasaba, pero solo con ver la situación sabía que era algo desesperante. Antonio se paró a mí lado, se colgó la guitarra y empezó a tocar notas que no formaban ninguna canción.

—Saca tu vihuela y vámonos —dijo caminando hasta la salida.

Conocía esa mirada, estaba molesto. Comenzamos a caminar por las calles tapizadas con piedras de agua en la ciudad, así era el camino para llegar al mercado. En aquel lugar, desde las ocho de la noche hasta un poco más allá de medianoche, varios mariachis nos poníamos en las esquinas a esperar un cliente. Cualquiera que quisiera solicitar un servicio musical.

Llevé mi vihuela como Antonio, colgada a mi cuerpo, me puse mi sombrero y sacudí mi traje negro con adornos blancos. Mi amigo hizo lo mismo.

—Pos... ¿qué pasó? —pregunté mientras nos alejábamos de la casa.

—Nada, no sé qué tanto pedo tienen entre ellos. Pero no mames, que coraje.

Me acerqué a él para chocar mi hombro con

el suyo, quería hacerlo reír. Lo logré porque pronto esa mirada apagada se acabó.

—Quita esa cara, vas a espantar a los dientes —le mencioné con una sonrisa. Odiaba verlo molesto. Ya casi llegábamos al mercado. Había varias personas al rededor, aunque más lejos, casi llegando al boulevard, la ciudad estaba más movida. A nuestro lado pasó una muchacha joven, se veía mayor que nosotros, pero quizá por tres años. No pude evitar notar que a mi amigo le llamó la atención, eso causó que me empezara doler el estómago.

—¡Bonita! ¿No buscas mariachi para esta noche? —le preguntó mi amigo sin pena.

La mujer se dio media vuelta con una sonrisa, no le había incomodado el comentario.

—Ojalá, pero para mí.

—No me digas que tu novio no quiso llevarte serenata. Cuando quieras sabes dónde encontrarnos, para ti es gratis —la chica rio por su comentario.

Creo que no le era incómodo porque solo nos vio como unos niños.

—Nos vemos, chicos.

La mujer se fue después de eso, se veía que iba hasta la parada del camión para irse. Yo miré a mi amigo con molestia, eso había sido un coqueteo.

—¿Qué güey? ¿Ahora qué hice? —preguntó inocente.

—No, nada —contesté ignorando el tema—. Oye güey, quería contarte algo.

—Usted diga compadre —me habló con confianza—, digo, aún no somos compadres, pero cuando yo tenga a mi esposa e hijos tú serás el padrino de uno de mis chamacos y ahí sí.

Me detuve en falso a una calle del mercado, él lo dijo como broma y con tono alegre. Él quería esposa e hijos, por alguna razón yo también quisiera eso un día, pero si estaba con él no sería posible. No seas pendejo David ¿cómo vas a estar con tu amigo?

—Ya güey, dime que tienes —habló sentándose en una banca de cemento que estaba cerca del mercado.

Yo suspiré profundo antes de sentarme con él.

—Escribí una canción —confesé y puse mi instrumento enfrente para tocarlo—. Sin letra, pero intenté escribir algunas notas.

—¡Ah caray! ¿Y eso? —preguntó sorprendido.

—Me gusta alguien, mas no sé cómo decirselo —expliqué.

—A ver, echa —dijo esperando la canción.

Lo miré a los ojos por unos segundos, él

me correspondió la mirada. No sé si fue idea mía, pero vi como sus mejillas se sonrojaban al vernos cara a cara. Quitó mis ojos de los suyos para concentrarnos en el instrumento. Comencé a tocar ciertas notas que, a diferencia de mi amigo hace rato, formaban una melodía. Eran sonidos llenos de desesperación y amor, un sonido que solo la música podía expresar. El amor que yo sentía por Antonio, las ganas de decir que esto no era amor para no preocuparme, pero luego me preguntaba: «¿entonces qué es?». Todo lo que yo quería decirle lo hice con la ayuda de mi vihuela. Antes de seguir mi canción, sentí como la mano fría, así como rasposa de Antonio me detenían. Lo miré con pánico por la acción que había realizado, observé sus ojos con sorpresa. Como si hubiera descubierto algo alucinante.

—Oye, está muy padre la canción. ¿Para quién es? —preguntó sonriente y juguetón— No me digas que es para Lizeth, la de nuestro salón. Ya decía que se llevaban muy bien.

—En realidad es para alguien más —expliqué sonrojado.

—¿Qué? ¿Es para mí? Ja, ja, ya sé que te gusto —habló Antonio en un tono burlón.

Aquel comentario era una broma de su parte, solo un juego como siempre.

—¿Para quién es? Deberías agregarle letra, tú cantas muy bien —volvió a preguntar.

Lo miré a los ojos con nervios, mis mejillas jamás habían cambiado de tono por su culpa. Suspiraba cuando lo veía y giré mis ojos avergonzados. Solo en ese momento entendió que en realidad la pregunta que había hecho antes era un “sí”. Sentí mi cuerpo temblar por eso, sin embargo, me atreví a hablar.

—¿Y si así fuera qué? —Pregunté sorprendiendo a mi amigo, su cara lo demostró—. Si la canción fuera para ti, ¿qué pasaría?

Antonio calló por unos segundos. Parecía que su mente se había aclarado, pero al mismo tiempo todo tipo de dudas se habían apoderado de él.

—¿Por eso te pones celoso cuando le hablo bonito a otras chavas?

No puedo creer que eso fue lo único que pudo preguntar. Giré los ojos molesto. Él volvió a preguntar.

—Acaso... ¿Es la razón de que te guste estar juntos, además la razón de esta canción?

Asentí con la cabeza. Él estaba tan deslumbrado que no supo qué más decir. Para mí esto había acabado, debía irme de ahí después de la locura que hice. Me levanté de aquella banca con la intención de irme sin

decir otra palabra, pero Tony me tomó la mano para que me sentara de nuevo. Lo cual hice.

—Termina la canción David, quiero oírla —habló con cierto brillo en sus ojos.

Él era mi debilidad, no podía negarme a esos ojos, a esa voz. Me senté de nuevo junto a él, acomodé mi instrumento y volví a tocar. Volví a tocar recordando todo lo que había sentido por él desde que lo conocí. Recordé cómo desde aquel día me hizo dudar sobre quién era. Después de escuchar cómo tocaba su guitarra sentí que debía permanecer a su lado. Recordé todo lo que originó el conocerlo. Él era todo lo que quería, deseaba y anhelaba. Sentí una vez más como sus frías manos tocaban las mías, me miró a los ojos quitándose el sombrero. Mi corazón acelerado estaba feliz de verlo, pero no podía seguir ahí. A menos eso creí hasta que vi como se arrodilló en el asiento para acercarse más a mi cuerpo. Él quería causarme un infarto.

Dejó su guitarra a un lado, lo único que sostenía en su mano era su sombrero negro, con la otra mano empezó a acariciar con delicadeza mi mejilla. Estaba confundido, no dudo que él también, pero era una adorable confusión. Tan adorable que mi mundo comenzó a tener sentido cuando él puso sus labios contra los míos. Empezó un beso que ninguno quería terminar. No nos importó el lugar, ni la situación, ambos correspondimos el beso tapando nuestro rostro con el sombrero, solo para evitar la mirada de cualquier chismoso. ●